

36

LA ZAFRA DE 1868, 1869 Y 1870.—EL FUSILAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES.

La zafra de 1868 alcanzó 74 mil toneladas, la de 1869 726.000 y la de 1870 también 726.000 toneladas, que demuestra que á pesar de la guerra se trabajaba.

El año de 1870 tuvimos dos huracanes en Octubre que dañaron los campos, bajando la zafra de 1871 á 547.000 toneladas.

En 1871, en noviembre, ocurrió un deplorable episodio, que me recordó el fusilamiento de los **mártires del Carral**, ocurrido en momentos en que atravesaba por aquellos lugares de muerte. Véase sino:

Estaba yo, que había llegado la víspera del campo, reconociendo obras en una casa de la calzada de Belascoáin, cuando vi pasar por San Lázaro una compañía de voluntarios desplegada en guerrilla. Pregunté la causa de esa fuerza y me contestaron que en el Cementerio había ocurrido una sublevación. Mandé al encargado de la casa á saber lo ocurrido y he aquí su informe: Los estudiantes de medicina, en huelga, porque no asistió el profesor señor Valencia, bajaron al Cementerio, pues la cátedra estaba en San Lázaro y cogiendo el carro del tráfico se pusieron á correrlo. En esto vieron que en la lápida de don José de la Luz había un agregado indecente y se fueron á la lápida de Castañón á poner otro. En esa faena los vió el Capellán y dió parte que, trasmitido á la plaza fué causa del envío de fuerzas.

No di importancia al asunto y marché á preparar la mollienda del "Josefita". Allí recibí un recado de mi íntimo amigo don Fernando Mesa y Domínguez, Jefe de la Sección de Policía del Gobierno General y Fiscal de la causa que se había formado á los estudiantes, sobresaída por falta de delito. Agregaba que la especulación ú otras miras bastardas habían levantado la atmósfera con-

tra los estudiantes y que era conveniente que el Casino Español publicara una hoja aclaratoria. Vine á la Habana é hice el encargo en la Secretaría de dicho establecimiento á Triay, Vila y Gil Selpi, marchándome enseguida. El día de la parada volví á la Habana y presencié el desfile desde Albisu. Al pasar el 50. batallón una compañía, que me dijeron era la de Felipe Alonso, gritó "mueran los estudiantes", pero no encontró eco. Pasó el primero de ligeros y una compañía dió el mismo grito con igual resultado. El coronel de ligeros averiguó quienes habían dado el grito y los arrestó. Los compañeros los sacaron del arresto y se fueron á comer y á beber á las Tullerías. El teatro Albusus estaba lleno de voluntarios y ya iba á comenzar la función Campanone, cuando Albisu, el coronel Riso y yo, vimos bajar por la calle de San Rafael una gran partida de voluntarios ligeros y otros que no eran voluntarios, gritando desafiados contra los estudiantes. Tocó la orquesta y los de dentro no supieron lo que pasaba por fuera. Salimos Manuel Ochoa, que estaba muy interesado por Álvarez de la Campa, Llera y yo, y tratamos de convencer á aquellos energúmenos. Nos contestaron que á los prisioneros de Victoria de las Tunas los habían macheteado para ahorrar pólvora y que eso requería venganza. Así llegamos hasta la plaza tratando de disuadir á los cabecillas que vieran al Capitán General interino.

Estaba de guardia una compañía del 30, cuyo capitán Sarasúa (almacenista de paños de la calle de la Muralla) al ver la intención de aquellos energúmenos que ya eran muchos, cogió el fusil del centinela, lo puso en el suelo y sacando un revólver dijo: "el que sea hombre que pase por encima de ese fusil". Los pretorianos, á quienes bauticé con ese título se contuvieron, dieron vivas á los volun-

2

tarios y ya se iban á retirar cuando salió al balcón el general y se puso al habla con ellos ofreciéndoles todo lo que ellos quisieran. Manuel Ochoa, al ver esto marchó poseído de una desesperación tal que parecía un loco. Yo volví al teatro á contar á Albisu lo que había presenciado. Subí al Casino y allí me dijeron que habían mandado á la imprenta la hoja volante aclaratoria. Poco después las cornetas tocaban llamada á tropa, para que cada voluntario fuese á reunirse con sus compañeros en el puesto que le tenía designado. Fue entonces á mi casa San Ignacio 6, cerca de la maestranza; allí ví voluntarios del 50, insultando á su coronel Tellería que concluía diciéndoles al que se permita dar un grito le introduciré esta espada hasta la empuñadura". Los formó de cuatro á cuatro y se los llevó. Fuí entonces á ver á mi viejo batallón que estaba formado en paradas en el paseo hoy de Martí. Por el parque aparecieron los pretorianos á quienes el coronel de dicho batallón mandó recado con el ayudante Juliá, que si no se callaban les hacía fuego; los pretorianos pasaron en silencio hacia la cárcel, donde tenían presos, puesto que no los dejaban salir al gobernador López Roberts y al segundo cabo interino general de artillería Venene. Era gobernador de Cárdenas y jefe mío, el coronel de caballería don Manuel Sánchez Lamela, puertorriqueño valiente hasta la temeridad, cruz lapreada de San Fernando y con un genio de dos mil demonios. A las dos de la mañana fuimos al cementerio á ver la lápida de Castañón que sólo tenía unas rayas. A la vuelta encontramos un grupo de veinte voluntarios rezagados sin duda. El coronel les hechó una arenga terrible que oyeron silenciosos; después les hizo jurar por la memoria de sus madres que irían á reunirse á sus batallones y así lo

hicieron. ¿Ve usted comandante? me dijo Lamela, el pueblo armado es inconsciente y necesita directores de fuerza y he ahí de lo que en mucha parte carecen los voluntarios. Por la mañana pasó un pelotón de más de 400 hombres del primero de ligeros que iban á la cárcel á vengar la bofetada que Capdevila había dado á un compañero suyo. La 3a. compañía del 3o. batallón en ala frente á la cárcel los contuvo. Más tarde encontré á don Diego Méndez Casariego, comandante de la fragata de guerra que había en puerto. Venía de palacio hecho una fiera; propuso al general anclar su buque frente á la punta y dominar el conflicto. El general no quiso. Aquella tarde me fuí de la Habana, tenía bastante con los mártires del Tarral. Un amigo me escribió diciéndome: "mandó el piquete el administrador de Correos López de Ayala; el general Venene dijo al cuadro que el que pidiera perdón sería pasado por las armas. Los batallones del cuadro muy escasos de gente. Se ha hecho la Luz aunque tarde y López Roberts salió huyendo." Este López Roberts es el mismo que por 3,000 pesos vendió á un periódico americano el secreto de Foster-Albaceete.

José M. de Arrarte.